

## EL “DAIMÓN” DEL LOPE DE AGUIRRE DE ABEL POSSE

Alejandro Hermosilla Sánchez  
(Universidad de Murcia)

*El daimon para cada hombre es su carácter.*  
Estobeo, IV, 40, 23

*Es como una voz que se hace sentir en mi interior  
desde que era niño, y que cuando se hace oír,  
siempre me aparta de aquello que estoy a punto de  
hacer, pero jamás me exhorta a hacer algo.*  
Sócrates

*¿Qué sería un hombre como yo sin el demonio?  
¡Nada! ¡Una nulidad, un cagatinta armado!*  
Abel Posse. *Daimón*

Durante lo que se conoce como platonismo medio se produjo una disquisición bastante interesante. Ésta consistía en la creencia en seres intermedios (démones, genios, potencias, espíritus) que servían de intérpretes, mensajeros, medios de relación y comunicación directa con la divinidad, que presidían revelaciones y predicciones, que salvaban la desolada separación del hombre de los Dioses y que hacían posible la transmisión de la acción providente divina hasta las criaturas inferiores.

El abismo que se abría entre los Dioses y los hombres era inmenso y el hombre religioso, utilizando un ardid pagano, dotará de vida a la necesidad de la existencia de unos seres intermedios entre la divinidad intocable de trascendencia absoluta y las criaturas vivas.

Se cree que así nacería el término daimón, uno de los más complejos del lenguaje filosófico y religioso griego, que le confería múltiples significaciones. Se le considera como término representante de las fuerzas divinas que percibe el hombre tras los variados fenómenos del mundo,

entidad metafísica o abstracta servidora de los dioses e intermediaria para con los hombres, el destino del hombre, la denominación de todo lo irracional, la providencia divina, el alma misma como integrante del Daimón único, y, en explicación racional, su carácter, naturaleza o razón misma, etc.

Señalaba Carolina Sanabria Sing, en su excelente artículo: *Entre el Daimon griego y el demonio del cristianismo: Daimon, tránsito hacia el culto de lo humano*, que la ambigüedad del término, parecía reflejar, en última instancia, la renuncia a inscribirse dentro de una taxonomía de la moral, pues a los démones, se les consideraba “espíritus que se distinguen por su índole caprichosa y ambivalente que emplean sus fuerzas tanto para el bien como para el mal, de suerte que uno no puede fiarse del todo de ellos...”<sup>1</sup>.

De esta manera, en *La Odisea*, los personajes explican el acontecer mental o físico por la influencia de un Dios o Dioses, pero cuando su intervención es perjudicial, la atribuyen a un daimón.

Paradójicamente, ese maestro de la corriente apolínea y de la razón llamado Sócrates, también se refirió a ellos. Para él era una creencia y experiencia religiosa que le serviría de unión y relación con la divinidad. Para él el intermediario de “lo divino” era “lo demoníaco”. Sócrates, de esta manera, lo consideraba como agente co-

---

<sup>1</sup> Sanabria Sing, Carolina, *Entre el Daimon griego y el demonio del cristianismo: Daimon, tránsito hacia el culto de lo humano*. En Revista Artes y Letras, Universidad de Costa Rica. Vol. XIX (1). 1995. Pág. 51.

municador, fuerza, campo o estado independiente entre los Dioses y los hombres con poderes sobrenaturales de relación, de carácter supraindividual y del que participan algunos individuos (demónicos), desligados del mundo y más próximos a "lo divino".

Según parece, este daimón actuó siempre sobre él en situaciones comprometidas e importantes de su vida, cuando la razón no servía. Así este daimón actuaría para ayudarlo a aceptar su condena a muerte, para alejarle siempre de la política, exhortarle a trabar relación con unos u otros jóvenes, etc.

Para Platón, los démones formarían parte de ese flujo de conocimiento irracional, dionisiaco que es necesario para poder liberar la razón del yugo afixante que se ata sobre sí misma. Por tanto, los démones presidirían la mántica, sacrificios, iniciaciones, encantamiento y magia, como expresase en *El banquete*, y así relacionó las cuatro formas de manía divina, (profética, teléctica, poética y erótica) con los grandes démones, (Apolo, Dionisio, las musas, Eros y Afrodita).

Además, Platón nos otorga una acepción muy interesante, según la cual los démones serían los que originarían a los hombres, pues si hubieran sido creados de pura sustancia divina serían divinos. El alma de cada hombre será la parte demoníaca en sí, y como obra de Dios, al estar en contacto con éste, será inmortal, y un día volverá a los lugares que le son propios.

Del camino de la evolución del término hasta este instante de su desarrollo, a Abel Posse le interesarán para desarrollarlas en el interior de su novela, las particulares relaciones que tendrá Sócrates con su "demonio". Este demonio introducía el choque de fuerzas dionisiaco y apolíneo e instauraba una tensión subyacente y escondida bajo la piel del hombre, que el discurso de la razón lógica griega intentaba apartar.

Demonio conciliado de manera positiva, en el sentido que le otorgara Simmias, que interpretaría el demon socrático como las voces que escuchan todos los hombres en sus sueños pero que no oyen en vigilia, por la fuerza ensordecedora de sus pasiones cotidianas. Por tanto, sólo

se manifestaba en hombres superiores, virtuosos o demónicos, permitiéndoles adivinar su futuro.

En este sentido, además de en la concepción de ser semi-divino, auscultador del futuro, y fracturador de la línea apolínea de la razón socrática, a Abel Posse, le interesará la acepción que otorgará Apuleyo del demonio socrático, como forma que nos recuerda que, a través del desprendimiento de los objetos materiales, del perfeccionamiento del alma, podemos llegar a un mejor conocimiento de nosotros mismos. De esta manera, en su novela dominada por el concepto de daimón, tendrá sentido volver a hablar de *Lo abierto*; auténtica espiral profunda de conocimiento del ser.

El demon socrático será, para Apuleyo, "un verdadero guardián, prefecto singular, observador íntimo, cuidador particular, conocedor confidente, indicador asiduo, árbitro personal, testigo inseparable, repobrador de las malas acciones y alabador de las buenas (...), previsor en las incertidumbres, consejero en las dudas, protector en los peligros, alivio en las necesidades: el cual podrá mediante sueños, señales especiales e incluso quizá con su presencia visible, cuando el caso lo exija, preservaros del mal, favorecer vuestro bien, levantaros de las caídas, sosteneros en las vacilaciones, aclarar asuntos difíciles, guiar la buena fortuna y corregir la adversa"<sup>2</sup>.

Pero, más interesante que todo esto, para su conexión con la obra de Abel Posse, es necesario destacar que, para Apuleyo, es aconsejable imitar el culto de Sócrates a su demon, pues para él, este acto representa la santa práctica de la filosofía: forma de librarnos del cuerpo, elevarnos y poder escuchar el demon, para alcanzar una "ciencia de la vida". Por tanto, el demon socrático, según Apuleyo, ayudará al perfeccionamiento y cuidado del alma, que es a lo que todo el mundo debería aspirar, postulando un modo de vida en que las únicas riquezas que merece la pena atesorar serán las espirituales, opuestas en su sustancia mortal a la perennidad de las riquezas materiales.

<sup>2</sup> Apuleyo. 1968, *Tratados filosóficos*. Introducción, versión española y notas de Antonio Camarero. Universidad Nacional Autónoma de México. Págs 15-16.

A su vez, Abel Posse, hábil conocedor de las múltiples acepciones del término daimón, jugará con todas ellas, en mayor o menor medida, con el fin de encontrar aquella con la que sus postulados teóricos se encuentren más de acuerdo, permitiéndose introducirla dentro de su novela. Sobre todo, jugará con una de ellas para construir el daimón de su particular Lope de Aguirre y de toda América.

Como sabemos por los textos históricos que nos han hecho referencia a él, a Lope de Aguirre se le había tachado de demonio, de ser de perfume fatal aliado con los demonios para establecer su conjuración. Un hecho que podía tener diversas visiones, por tanto, a lo largo de los siglos quedaba escindido en una particular visión de maldad.

De la misma manera, el término daimón, siguiendo su desarrollo histórico, se extiende, a partir de Hesiodo, como diferente de lo divino. Según Antonio Camarero, "En la nueva cultura de "culpabilidad", de moralización y justicia, los démones son más siniestros y malignos en la misma interpretación de su acción, en sus estados de ánimos no racionales, pasionales, sobre los hombres como agentes de envidia (...) de los dioses (...), que provocan ceguera(...) y castigo de la divinidad (...) ante la ofensa de desmesura"<sup>3</sup>.

Por tanto, Lope de Aguirre y el término daimón seguían caminos similares, hasta la progresiva translación de este término al cristianismo, en que toma la definitiva acepción por la que lo conocemos: demonio. Demonio vil, Luzbel, enfrentado al divino regentador de la claridad humana. Por ejemplo, para San Agustín, los démones eran seres miserables, inferiores al hombre. Y los cronistas para intentar demostrar la malicia de Lope de Aguirre sugerían su conversación y trato con un demonio. Lejos quedaban ya los tiempos, en que para los griegos la ambivalencia del término pudiera conducirlos en su trato con el hombre hacia diferentes caminos.

Abel Posse, sabedor de esto, utilizará el término daimón contraponiéndolo a la acepción ju-

deocristiana, en una acepción que ya en la época arcaica se le concediese; *daimón como espíritu ligado a cada hombre, asimilado al destino, o incluso propio de las agrupaciones humanas o ciudades*.

Acepción con la que perfectamente podrá simbolizar el destino de su pueblo americano y el de cada uno de los seres que lo habitan, a través de un concepto que trasladado a Lope de Aguirre y sus marañones, les hará enfrentarse a su verdadera conformación como seres humanos. A todo aquello que les sobra y que les falta para optar a ser, formar parte de las entrañas del espíritu que rige los destinos americanos.

Por último, la filiación socrática del daimón de Posse, tendrá una mutación imprescindible gracias a las palabras que Nietzsche proferirá sobre él.

Siglos después de que Sócrates declarase su afiliación con esta fuerza de la naturaleza inmortal, Nietzsche exclamará: "Una clave para entender el ser de Sócrates ofrécenosla aquel milagroso fenómeno llamado "demon de Sócrates". En situaciones especiales, en las que vacilaba su enorme entendimiento, éste encontraba un firme sostén gracias a una voz divina que en tales momentos se dejaba oír. Cuando viene, esa voz siempre disuade. En esta naturaleza del todo anormal, la sabiduría se muestra únicamente para enfrentarse acá y allá al conocer inconsciente, poniendo obstáculos. Mientras que en todos los hombres productivos el instinto es precisamente la fuerza creadora y afirmativa..."<sup>4</sup>

Comprendiendo que las opiniones del filósofo alemán sobre el demonio del cristianismo ya son imaginables, Nietzsche permitirá entroncar el lejano demon socrático en la novela de Abel Posse, pero dotado de la nueva dimensión que éste le da.

Con Nietzsche, Abel Posse, cansado del bloqueo de la conciencia occidental, optará por un daimón instintivo, dionisiaco, rejuvenecedor. Daimón, a través del cual se puede penetrar en

<sup>3</sup> *Ibid.*, pág. XXIII.

<sup>4</sup> Nietzsche, Friedrich, 1988, *El nacimiento de la tragedia*. 8ª Reimp. Madrid. Alianza Editorial. Página 117.

la esencia de las cosas, nunca en su arbitrariedad clasificatoria.

Es por esto que Abel Posse, emparentado con Nietzsche, en las páginas de su novela va a poner de manifiesto, otra vez, las fútiles trampas de una cultura judeocristiana que, con el paso de los siglos y de su asentamiento como cultura dominante en Occidente, conceptualizará la esencia del daimón, como agente del mal, hasta llegar a concretarse en el "demonio" del cristianismo.

Desde esta perspectiva del concepto de daimón, introducido por Occidente en tierras americanas, Abel Posse, nos otorgará su legítima visión sobre la "leyenda negra" que acompañará a Lope de Aguirre en los textos canónicos vigentes de la España imperial. Así, según Carolina Sanabria, "la idea del dominio y poder del demonio sobre el mundo, que atormentaba y tentaba a los hombres que no habían asimilado profundamente las bases cristianas, explica en la novela todos los intentos del Cura Alonso de Henao por exorcizar el mal de cualquier lugar donde exista la más mínima sospecha de que se ha establecido: desde la voz misteriosa que le habla a Lope de Aguirre hasta la excesiva belleza de la naturaleza americana. "El cura sabía que la belleza, en cualquiera de sus expresiones, es la residencia de trabajo del Demonio. Al ver a los hombres atrapados pánicamente en ese ámbito numinoso (no autorizado) reaccionó con energía: "¡Misa! ¡Misa! Insensatos. ¡El dios de Abraham, de Isaac y de Jacob! ¡Misa!"<sup>5</sup>.

Es decir, que escondiéndose tras la idea de posesión demoníaca de Lope de Aguirre, las visiones canónicas acordes con la historia oficial, podían desprestigiar todos los actos cometidos por Lope de Aguirre en pos de su rebelión; rebelión que fue interpretada de manera diferente por otros textos que no se afiliaban a esta concepción occidental de la visión de Lope de Aguirre y su supuesto "daimón".

Abel Posse, a través de su estudio detenido del concepto de daimón, pone de manifiesto

<sup>5</sup> Sanabria Sing, Carolina, *Entre el Daimon griego y el demonio del cristianismo; Daimon, tránsito hacia el culto a lo humano*. Cit., pág. 52.

cómo, bien o mal, son categorías que no existen en sí mismas, que han sido instauradas interesadamente por una cultura, como formas de programar al hombre. Por tanto, Abel Posse, es conocedor de que el concepto de daimón se ha leído desde todas las consideraciones morales, sujetas a distintos contextos ideológicos, lo cual revela su arbitrariedad.

Esto permite que se pueda conjugar con las distintas visiones que la historia ha realizado de Lope de Aguirre.

Por ello, Posse, como Nietzsche, en su novela, resemantiza el concepto de Daimón, (y, por ende, el de Lope de Aguirre, al ser unido a éste) siendo su concepción, coaligada con la de Mal, una fuerza positiva que equivale a creación, producción, vitalidad, mientras que el Bien sería mediocridad, placidez, sacrificio inútil.

Mal como idea de construcción, de regeneración, de lucha frente al destino. Mal como proyección verdadera del carácter del hombre, que permitiese al Fausto de Goethe un pacto con un demonio llamado Mefistófeles que le llevaría a la salvación. Salvación por no rehuir del ideal humano; ideal humano que el doctor Fausto buscará en todos los lugares, descendiendo incluso a los niveles de lo infrahumano y lo instintivo. Pues es en aquellos sitios que rezuman pestilencia, donde debe asomarse el rostro humano para salir transformado, para recomponer sus propias entrañas. Y aquél que lo rehuye, olvida el sabor a maravilla que se perfila tras los fracasos heroicos de los vagabundos, los hechiceros, los brujos; quienes algún día fueran artistas.

Mal ante el que Sócrates queriendo evitarlo, quedará fascinado.<sup>6</sup> Mal encarnado en demonio

<sup>6</sup> Al respecto de la existencia del temblor dionisiaco, recorriendo el cuerpo del lógico y racionalista Sócrates, y del porqué un término como Daimón pudo dar lugar a tantas y variadas acepciones en un pueblo, tan tradicionalmente equilibrado, como el griego, resulta interesante leer estas reflexiones de Ernesto Sábato, en *Hombres y engranajes. Heterodoxia*. 1980. Alianza Editorial.S.A. págs 175- 176, "Lo que afima un hombre -o una cultura- es más bien la expresión de un deseo que de una realidad. (...) Si Sócrates recomienda desconfiar del cuerpo, estemos ciertos de que Sócrates es un sensual que lucha desesperadamente con sus apeti-

en la novela de Otero Silva, *Lope de Aguirre, príncipe de la libertad*, que llevará a todo un pueblo a la asunción de su libertad. Mal, ante el que Abel Posse asume su tarea de apuntar su escritura como re-escritura, convirtiendo este concepto en auténtico revelador de las catarsis emocionales del hombre. Mal que tradicionalmente encontrábamos unido al término daimón, apareciendo en contraposición al del ángel, movidamente por toda nuestra tradición literaria.

Término, el de Daimón, finalmente conceptualizado para Abel Posse, como palabra que operando platónicamente consigue hacernos poseedores de lo que llamamos "genio" individual; *el alma como principio divino (o infernal) cuya formación primordial es la de asociar el destino individual al orden cósmico*. En este sentido, cercano al que le otorgará Heráclito, cada hombre posee un "daimón", un alma que lo define y concilia con lo que verdaderamente es. De ahí la importancia de que un hombre se conozca a sí mismo, sea capaz de sentirse integrado en el mundo.

Integración en el mundo, por la que Abel Posse, ayudándose de las concepciones de Apuleyo, impregnará de más significado a este término, considerando al daimón como fuerza salvadora, creadora, la única posibilidad del hombre occidental para acceder a otro tipo de conocimiento. La fuerza necesaria con la que podrá enfrentarse a "Lo abierto", al conocimiento que proporciona el saberse incapaz de postular algún tipo de verdad. El destino individual y cósmico, que instaurará en la temporalidad intemporal al Walter Werner del *El viajero de Agartha*, al Núñez de Vaca de *El largo atardecer del caminante*, al Colón de *Los perros del paraíso*, a todos sus personajes, en definitiva.

---

tos: sus opiniones sobre la superioridad de la razón constituyen el reverso de su personalidad profunda. Toda cultura es el intento de dominar lo animal en el ser humano. (...) La tradición nos presenta al pueblo griego como un pueblo olímpicamente equilibrado, pero basta leer *Las Bacantes* para advertir qué apócrifo y superficial es el famoso equilibrio. Y no es el pensamiento puro el que nos descubre la realidad profunda de un pueblo, sino el mito y la ficción."

Y si el daimón de cada hombre le permite enfrentarse a lo abierto, no será, como expresásemos anteriormente, por su bondad, sino por la rabia que esta fuerza dionisiaca aporta al hombre, al saberse escindido entre amplias contradicciones. Rabia, deseo de saber nuevas verdades, que hará firmar un pacto a Fausto con Mefistófeles, y que no permitirá a Lope de Aguirre perecer en la tumba del olvido, del suyo propio y de la historia. Que le hará retornar de nuevo del mundo originario de los muertos y vagar, como alma en pena para encontrar su verdad.

Es así, que el daimón para cada hombre, como para Lope de Aguirre, representa la individualidad, su más pura esencia, por la que vive, lucha y respira. Y también por la que muere. Para volver a regresar. Y volver a morir. Ser exiliado en un purgatorio imaginario que sueña con alcanzar algún día la puerta de ese Toboso imaginario y real, que responde al nombre de *Lo abierto*.

Según Ernesto Sábato, "como el niño teme a la oscuridad, el hombre teme al Caos Universal. Su ansiosa actividad se puede esquematizar con estas transiciones: De lo inestable a lo estable. De lo individual a lo colectivo. De lo subjetivo a lo objetivo. De lo fugaz a lo intemporal. De lo oscuro a lo claro. De lo nocturno a lo diurno. Del desorden al orden. De lo irracional a lo racional. De lo incomprensible a lo comprensible. De lo psicológico a lo lógico"<sup>7</sup>.

El daimón, sin embargo, como espíritu a caballo entre dos mundos, heredero de las almas fugitivas del purgatorio dantesco, asfixiado entre su deseo de manifestarse y su imposibilidad de existencia, entre su constitución inmortal y su revelación como instantaneidad, representaría todo lo contrario. En el conocimiento de sí mismo, cada hombre debe realizar el proceso expuesto por Sábato, al revés. Será la única manera de adentrarse en el misterio del ser. De reconocerse como exiliado de dos mundos, pasajero por esta vida que le conduce de una nada a otra nada.

Inestable, individual, subjetivo, fugaz, oscuro, nocturno, desordenado, irracional, incom-

---

<sup>7</sup> *Ibíd.*, pág. 177.

previsible, antipsicológico, así es el daimón de cada persona, preñado del rito orgiástico aprendido en las cavernas donde habitó Zaratustra. Así es cada una de nuestras vidas si la miramos bajo la mentira de las diversas perspectivas humanas. Incomprensible. Impensable. La vida es un milagro. Y sólo las fuerzas que pueden generar un movimiento subterráneo de creencia en lo maravilloso, de recreación del poder divino tras la capa de herrumbre del territorio del hombre, pueden auxiliar a éste en su afixante y temeroso recorrido por la vida. Es, por esto, por lo que cada hombre tiene un daimón. Por si algún día se despierta, y entiende quién no es, qué no es, y cuánto tiempo no vivirá. Para que grite como el exiliado ángel terrible de Vicente Huidobro y ese grito resuene, permanezca en el tiempo. Pues es el único sonido que le pertenece. Sonido de una bestia que nunca podrá dejar de sorprenderse a sí misma, puesto que nunca se ha conocido, ni se conocerá. Si cada hombre tiene un daimón es para que se conozca, pero no a partir del llanto, del rezo, o de la mística, sino a través del grito. Aunque éste sea un grito de silencio, a través del tiempo.

Grito de silencio de Lope de Aguirre que recoge Abel Posse en su novela. Una novela que postula la inmortalidad, pero nos narra la vida de un muerto. Por cuyas páginas transcurren cinco siglos pero unos mismos personajes. Y es que Abel Posse no postula en esta novela una teoría de la inmortalidad, sino de la mortalidad. Lo que pretende, al mostrarnos a Aguirre y los suyos, muertos e inmortales, a la vez, en su vagancia por los frondosos recovecos de la América barroca de Abel Posse, no es sino que cada uno de nosotros nos reconozcamos en sus personajes-personas, y asintamos con ellos a la recuperación imposible de su tiempo perdido, asumiendo nuestra, a su vez, definitiva pérdida del tiempo. Pues estamos hechos de mortalidad. Y la inmortalidad que nunca llegará, será la mortalidad que cedamos en nuestras creaciones a nuestros descendientes, en un trabajo infinito que sólo terminará en el tiempo del último hombre. Aquél que puede morir, cuando muere Lope de Aguirre en la novela. Aquél que podemos ser nosotros. Y para quien ya no hay misterios. Pues, por

una vez, sabe que el misterio era él, y ya no tiene tiempo para aprehenderse.

La única inmortalidad la concede el arte. Por el arte, el hombre empieza a separarse de la palabra hombre, y empieza a ser otra cosa distinta. Tal vez, un espíritu errante, conocido como daimón, que asola tras cada paraje con sus interminables gritos, búsquedas y reconocimientos, la piel de los demás animales. Tal vez, esa sea su condición, y lo demás una mentira. Lo cierto es que para Abel Posse, la historia de la inmortalidad en **Daimón** es la historia de unos pobres seres llamados hombres, que aun muertos, aun vueltos a la vida, no pueden olvidar su condición. De unos tristes críticos como yo, que apuntamos a la filiación platónica de la substancia rebelde a la divinidad, de los marañones y Lope de Aguirre en la novela de Posse. De un desconocido llamado Abel Posse que intenta reconocerse en nuestros ojos de lectores, a través de la escritura. De...

Si para Ernesto Sábato, "la eternidad es un presente absoluto: el tiempo no existe" y "la inmortalidad, por el contrario, es el paso del tiempo, la conversión del futuro en pasado, la impurificación y el horror"<sup>8</sup>, todo *Daimón* se revela como un engaño. Todo *Daimón* es un engaño. Como el daimón de cada hombre lo es para él mismo, sometiéndole a vivir escindido entre fuerzas contradictorias. Entre el espacio de la vida y de la muerte. De la no-vida y la no-muerte, que habitualmente es nuestra vida. Sólo que sucede, a veces, que Zaratustra sale de la montaña y tras emitir un bostezo y contemplarse el buche, emite un sonido parecido a un gemido. Ese sonido que es la risa, enfrenta al hombre con su propio absurdo y le hace no desear más la inmortalidad, la seguridad, pues sabe que cuanto más se sostenga la carcajada en el tiempo, más inmortal será, al darse cuenta, por fin, de su propia mortalidad.

No de otra manera morirá Lope de Aguirre en *Daimón*, sino riendo. Es ahí cuando, verdaderamente, *Daimón* se revela como novela de la inmortalidad, cuando Lope de Aguirre riendo va camino hacia la muerte. Se revela entonces cuál

<sup>8</sup> *Ibíd.*, pág. 176.

ha sido el engaño, la estrategia de Posse, a lo largo de toda la novela: mostrarnos cómo los seres muertos (que están vivos) inundan nuestra vida (que está muerta), y cómo sólo de la mortalidad podemos esperar la inmortalidad. Y se revela también, entonces, cuál sería la acepción más ajustada para el término Daimón, *demonio interior que obliga a cada ser humano, a cada pueblo, a reírse de sí mismo, para así poder conocer de forma definitiva cuál es su verdadera conformación en la espiral inentilgible para el hombre del ciclo cósmico y auténtico del no-tiempo, del no-espacio.*

## BIBLIOGRAFÍA

- Apuleyo. 1968, *Tratados filosóficos*. Introducción, versión española y notas de Antonio Camarero. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Nietzsche, Friedrich, 1988, *El nacimiento de la tragedia*. 8ª Reimp. Madrid. Alianza Editorial.
- Posse, Abel, 1981, *Daimón*. Barcelona. Arcos Vergara.
- Posse, Abel, 1982, *Los bogavantes*. Barcelona. Arcos Vergara, S.A. Primera edición.
- Posse, Abel, 1983, *Los perros del paraíso*. Arcos Vergara. Barcelona.
- Posse, Abel, 1988, *Los demonios ocultos*. Barcelona. Editorial Plaza & Janés. S. A. Editores.
- Posse, Abel, 1989, *El viajero de Agartha*. Barcelona. Editorial Plaza & Janés. S. A. Editores.
- Posse, Abel, 1992, *El largo atardecer del caminante*. Plaza & Janés, Editores. S. A. primera edición. Barcelona.
- Sábato, Ernesto. 1980. *Hombres y engranajes. Heterodoxia*. Madrid. Alianza Editorial. S.A.
- Sanabria Sing, Carolina, *Entre el Daimon griego y el demonio del cristianismo: Daimon, tránsito hacia el culto de lo humano*. En "Revista Artes y Letras", Universidad de Costa Rica. Vol. XIX (1). 1995.